

razon de bien, ó se apetece por sí mismo, como lo último y supremo, ó como lo menos perfecto; así que esto último no se apetece por sí mismo, sino en cuanto se ordena al bien absoluto y perfecto, y en cuanto bondades participadas, tienden al bien supremo, suma de todos los bienes apetecibles. Por consiguiente, la primera raíz de la cual debe brotar toda apeticion, es el amor del bien universal y absoluto, que es el término de todas nuestras aspiraciones y deseos ordenados; de lo contrario, incurrimos en el absurdo de admitir un progreso, que es un movimiento sin un principio y sin un término, y un efecto sin causa.

Por consiguiente, el primer bien ó fin último, que es Dios, «tiene razon de causa final absoluta universal, siendo como es el último fin de todas las cosas, así como es tambien su primer principio; de donde se infiere que cualquiera otro fin no tendrá razon de tal, sino segun su relacion y comparacion á la causa primera final, porque la causa segunda no influye en el efecto, sino bajo el influjo de la causa primera; por cuyo motivo tampoco el bien que tiene razon de fin, no se puede decir tal respecto á la criatura, sino presupuesto el orden del Criador á la criatura» (Santo Tomás Qq. Dd. de verit. q. 21.^a a. 5.)

LECCION QUINTA.

Del fin último del hombre ó del destino humano y sus consecuencias.

La felicidad suma es la consecucion de un bien adecuado á nuestro sér, suficiente á llenar por completo nuestro apetito, dándonos la perfeccion última. San Agustin (5.^o de Civit., prefacio) la define, la plenitud de las cosas deseadas; Boecio, (de Consolat. lib. 3.^o) el estado perfecto con la agregacion de todos los bienes; el Cardenal Gerdil, el sumo bien que sácia adecuadamente el apetito racional; y Santo Tomás (1.^a, 2.^a, q. 2.^a a. 8 c.) el bien perfecto que aquietta totalmente el apetito racional. Las dos primeras definiciones se refieren á la felicidad *subjetiva ó formal*, á la posesion permanente del objeto mismo en que consiste aquella; y las dos últimas á la felicidad *objetiva ó real*, á la

cosa misma en que consiste; «porque el fin se toma en dos sentidos; uno por la cosa misma que deseamos conseguir, v. g., el dinero es el fin del avaro; en otro por la misma posesion y fruicion de esta cosa que se desea, como si decimos que la posesion del dinero es el fin del avaro: si se habla en el segundo sentido, el fin último del hombre es alguna cosa creada existente en él, que es la posesion y consecucion del bien, que es fin último... si se considera la felicidad del hombre por parte de su causa y objeto, es una cosa increada» Santo Tomás (1.^a 2.^{ae} q. 3.^a a. 1.^o) Tambien puede ser la felicidad natural y sobrenatural.

De la Felicidad objetiva.—La determinacion del objeto en que consiste la felicidad, es importantísima para todas las ciencias morales y sociales; porque el destino humano es la base de la vida social, la regla capital, la clave y centro de atraccion, como el eje central sobre el cual giran las instituciones de la vida humana, y es en la marcha de la vida como la estrella polar al marino, porque es la razon última y suprema de todas las cosas. Sin la determinacion del fin último del hombre, éste viviría á merced de sus pasiones: «en ninguna cosa más se desvelaron los hombres, dice Fray Luis de Granada, que en inquirir cuál fuera el fin último ó Supremo bien, sin cuyo conocimiento no se puede dirigir ni enderezar por convenientes pasos y caminos la vida del hombre, pues nos consta que la

regla de los medios se ha de tomar del fin». (Introd. al Simb.)

Prueba tambien la importancia de este problema, el modo de obrar de las escuelas paganas, las cuales agitaron todas esta cuestion, por las íntimas relaciones que tiene con otras, como veremos; segun refiere San Agustin, Marco Varron contaba ya doscientas ochenta y ocho sectas acerca del objeto en que consiste la felicidad, pudiendo reducirlas á varios grupos, segun que la hacian consistir en los bienes del cuerpo, como Epicuro, ó en los del espíritu, como los Estóicos, ó en los de fortuna: los filósofos modernos, en sus diversas escuelas, separados del camino que á la razon trazara en esta cuestion fundamental el cristianismo, no han hecho más que ó reproducir las soluciones de las escuelas paganas, ó encerrarse en una duda horrible, sin poder dar solucion á este problema, como dice terminantemente Jouffroy (en sus *Misceláneas filosóficas*, 341): «Es una cosa apremiante el proveer á esta necesidad de nuevas creencias, que se deja sentir ya en las clases ilustradas; ¿cómo conseguir ésto? es evidente que solo hay un medio; este medio es plantear de nuevo el eterno problema del destino humano, y buscar la nueva solucion que aguarda, ¿cuál será esta solucion? *lo ignoro*»; ya veremos que más adelante confiesa, que un niño con un libro pequeño, el Catecismo, dá solucion á muchos problemas insolubles para los racionalistas.